

# **Pensamiento Cristiano**

**Temas para la reflexión**

(Año 2011)

Pastor José M. Martínez  
Dr. Pablo Martínez Vila

# Pensamiento Cristiano

## *Temas para la reflexión*

Una colección de los «Temas del mes» del año 2011  
del website «Pensamiento Cristiano»

**José M. Martínez**, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El **Dr. Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. También fue presidente de la Alianza Evangélica Española durante 10 años (1999-2009), y actualmente es vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

**Pensamiento Cristiano** es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria y el ministerio oral (casetes) de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Email: [info@pensamientocristiano.com](mailto:info@pensamientocristiano.com)

Los **libros** de José M. Martínez se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Amarillas Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasamarillascristianas.com>.

## Índice

Enero/Febrero 2011 – Transformando el enojo en paz (II).....	3
Marzo 2011 – Duda de tus dudas.....	6
Abril/Mayo 2011 – Y al tercer día... resucitó.....	9
Junio 2011 – ¿Oración o autosugestión?.....	11
Julio/Agosto 2011 – La espiritualidad Cristiana.....	14
Septiembre/Octubre 2011 – El poder de la oración.....	17
Noviembre/Diciembre 2011 – Navidad, tiempo de luz y esperanza.....	19
Libros del Pastor José M. Martínez.....	22
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	22
Folletos del Pastor José M. Martínez.....	22

Copyright © 2011, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila  
Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

## Transformando el enojo en paz (II)

### *El antídoto contra el resentimiento*

Tenemos dos grandes recursos para controlar las reacciones de enojo y evitar que se transformen en resentimiento y amargura. En la primera parte de este artículo (noviembre 2010) consideramos el primero de ellos, la meditación, que nos lleva al control de los pensamientos y, en último término, de nuestras emociones y reacciones. *Piensa bien y acertarás... piensa mal y te amargarás* sería la conclusión de Filipenses 4:8, una verdadera vacuna contra el resentimiento. En este formidable pasaje de Filipenses encontramos también el otro gran recurso, **la oración**.

*«Por nada estéis afanosos (os inquietéis), sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración... y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Fil. 4:6-7).*

Todo creyente sabe que la oración es un poderoso instrumento para cambiar las circunstancias. Numerosos ejemplos bíblicos avalan este principio esencial de la vida cristiana: «pedid y se os dará... si permanecéis en mí, pedid todo lo que queréis y os será hecho» (Jn. 15:7). Pero la oración no sólo cambia las circunstancias, también **nos cambia a nosotros mismos**. Dios usa la oración para moldearnos progresivamente, para hacernos crecer y madurar. Como el alfarero trabaja de manera artesanal el barro, el Señor se vale de la plegaria para forjarnos a semejanza de Cristo. El teólogo Richard Foster afirma en su conocido libro *Celebración de la disciplina*: «Orar es cambiar. La oración es el cauce principal que Dios utiliza para transformarnos».

En lo que se refiere a nuestro tema del enojo y el resentimiento, ¿cómo se produce este cambio? En la oración Dios actúa de tres maneras:

- ◆ Nos capacita para pensar el bien
- ◆ Nos ilumina para entender nuestras faltas
- ◆ Transforma nuestros sentimientos y actitudes

#### **La oración, nos capacita para pensar el bien**

¿Cómo puedo llegar a cumplir la demanda de pensar siempre lo bueno sobre todas las personas y en todas las situaciones, como apuntábamos en el tema anterior? «¡Esto es imposible!», exclamará el lector con no poca razón. Ciertamente es imposible por nuestras propias fuerzas porque no estamos ante una reacción *natural* sino *sobrenatural*. Precisamente por ello, necesitamos un recurso sobrenatural: la oración.

La oración nos cambia a nosotros mismos, en primer lugar, porque nos capacita con los recursos de la gracia a fin de pensar siempre «todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro». El orden de los versículos en el texto de Filipenses 4 es de gran importancia porque contiene la clave práctica para controlar pensamientos y emociones, nuestro objetivo principal en la lucha contra el enojo y el resentimiento. La oración precede a la meditación. No puede haber un auténtico control del pensamiento fuera del recurso sobrenatural de la oración. Así, la «súplica delante de Dios» viene a ser la puerta de entrada al pensamiento positivo del que se nos habla inmediatamente después (Fil. 4:8). Uno no puede por sí mismo salir airoso de tan grande desafío -pensar lo bueno del ofensor- si antes no recibe en oración los recursos divinos: el amor sobrenatural, la fuerza y la gracia del Espíritu Santo. Sólo cuando de rodillas se ha recibido esta capacitación divina, uno está en condiciones de bendecir en vez de maldecir, de perdonar en vez de odiar.

#### **La oración nos ilumina para entender nuestras faltas**

En segundo lugar, la oración nos cambia porque nos hace ver la realidad de nuestras propias carencias y miserias. La plegaria sincera es como un espejo que nos lleva a una visión clara sobre

nuestra persona y nuestras faltas. En términos psicológicos diríamos que nos facilita el *insight*. Nos abre los ojos para «darnos cuenta de».

La oración, junto con la meditación, es uno de los instrumentos más poderosos para proporcionarnos un autoconocimiento espiritual adecuado. Nos libra de nuestra fuerte tendencia al autoengaño, tendencia aun más acusada en el complejo campo de las relaciones interpersonales. Atinada es, al respecto, la oración de David en el Salmo 19: «¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos... entonces seré íntegro» (Sal. 19:12-13).

En este sentido es muy iluminador observar la estructura de algunos salmos, por ejemplo el 32. Después de unas palabras de confesión del salmista (Sal. 32:5-7), encontramos un versículo aparentemente inesperado: «Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar» (Sal. 32:8). No debería sorprendernos porque la guía de Dios es consecuencia natural de hablar con él y estar en su presencia. Cuán profunda es la plegaria de David en otro salmo: «Bendeciré a Yahveh que me aconseja; aun en las noches me enseña mi conciencia» (Sal. 16:7). La Nueva Biblia Española traduce la última frase con gran belleza: «...hasta de noche me instruye internamente». David tenía una certeza plena del poder de Dios para iluminar su vida: «Tú encenderás mi lámpara; el Señor mi Dios alumbrará mis tinieblas» (Sal. 18:28). Estas palabras cobran especial valor porque vienen de alguien que sufrió durante largos años la persecución injusta y la difamación, primero de parte de Saúl y después de su propio hijo Absalón. Si alguien conoció la ofensa y la humillación inmerecidas, éste fue David. De hecho, muchos de sus salmos reflejan el sufrimiento moral y espiritual que estos conflictos le acarrearón. Recomendamos al lector una lectura detenida del Salmo 37, un auténtico manual de cómo reaccionar ante la injusticia y la ofensa. No es casualidad que en el versículo más conocido de este salmo David mencione la oración como el recurso más importante: «Encomienda al Señor tu camino, espera en Él y Él hará» (Sal. 37:5).

En la oración se nos abre una ventana luminosa que nos permite contemplar la santidad y el carácter de Dios; la luz de su perfección deja al descubierto nuestra realidad espiritual y nos pone en el lugar debido, borra cualquier vestigio de autocomplacencia, promueve la humildad y nos ayuda a tener un concepto adecuado del prójimo. Este paisaje moral que nace de la comunión con Dios nos estimula a practicar las exhortaciones de Pablo en las relaciones de conflicto: «Benedicid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis... Procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Ro. 12:14-21).

Como nos recuerda el médico suizo Paul Tournier, «en el diálogo con Dios lo fecundo son las preguntas que él nos plantea, y no las que nosotros le formulamos». Sí, en la oración Dios pone al descubierto aquellas áreas de nuestra vida que necesitan reparación o incluso cirugía radical. Dice Teresa de Ávila: «Las palabras divinas interiores se producen en el alma en momentos en que ésta es incapaz de comprenderlas, y no responden a ningún deseo de oírlas». Pero poco a poco nuestra comprensión crece y experimentamos que Dios cambia la oscuridad en luz: «Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz» (Sal. 36:9). Esta es precisamente la idea en Job 34:32: «Enséñame tú lo que yo no veo; si hice mal, no lo haré más». ¡Cuánto valor tiene estas oraciones aplicadas a una relación difícil, a un conflicto en la convivencia con mi prójimo!

Así pues, la oración es colirio que aclara nuestra vista y nos permite percibir la realidad de nosotros mismos. Nos da clarividencia sobre faltas y errores. La oración es instrumento de Dios para evitar diagnósticos tan equivocados como el de los creyentes de Laodicea en Apocalipsis 3: se creían ricos y eran pobres, autosuficientes, pero eran «miserables». Por ello el Señor tiene que decirles: «Yo te aconsejo... que unjas tus ojos con colirio, para que veas» (Ap. 3:18).

### **La oración transforma nuestras actitudes y sentimientos**

El tercer cambio que la oración produce en nosotros es consecuencia de los dos anteriores: moldea y transforma nuestros sentimientos y reacciones. El texto de Filipenses nos pone un

ejemplo práctico muy frecuente en la vida diaria: cuando estoy ansioso -«afanado»- por alguna situación, mi privilegio y mi deber es presentar tal preocupación delante de Dios «en toda oración». Cuando esta inquietud pasa por el «filtro» de la plegaria, ocurre dentro de mí como una metamorfosis de tal manera que la ansiedad es cambiada en paz profunda (Fil. 4:6-7).

El mismo proceso se aplica a nuestras relaciones de conflicto. Yo no puedo orar por mi ofensor y quedarme con idéntica actitud interior de hostilidad y amargura. La oración es el catalizador que me lleva no sólo a pensar el bien, sino a hacerle el bien a quien me ha hecho daño.

El mismo Señor Jesús en el Sermón del Monte aludió a la oración como un factor clave en la relación con nuestros ofensores. Así exhortó a sus discípulos: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y *orad por los que os ultrajan y persiguen*» (Mt. 5:44). Vemos de nuevo la estrecha relación entre la conducta moral requerida (expresada en tres verbos: amar, bendecir y hacer el bien) y la oración. No será posible cumplir con la triple expresión práctica del amor al ofensor sin la oración.

Por último, unas consideraciones prácticas sobre un pecado muy sutil: el maldecir al prójimo. Reparemos en el significado de la palabra *maldecir*. A veces pensamos que se trata de algo muy «fuerte», una ofensa muy grave; por ello creemos que nunca hemos maldecido a nadie. Pero en su significado original *mal-decir* es simplemente *hablar mal de otro*. En este sentido, ¡cuán fácil es maldecir a nuestro prójimo! Tantas veces hablamos lo malo del otro. Por el contrario, en la oración Dios pone en mí la fuerza moral y los recursos de la gracia para hablar bien del otro: *ben-decir*. ¡Cuánto necesitamos en nuestras relaciones poder exclamar con sinceridad: «te bendigo, hermano mío», es decir, «quiero hablar lo bueno, lo puro, lo honesto de ti».

¿Te has sentido humillado y ofendido por alguien? Recuerda el ejemplo del Señor Jesús en la hora de la ofensa suprema, la hora de la humillación y la calumnia más inmerecidas: «...cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 P. 2:23).

*Dr. Pablo Martínez Vila*

*P.D. Recomendamos como complemento a este artículo la lectura de los temas «Perdonar y pedir perdón» (abril 2005) y «Buscando la paz en las relaciones personales» (marzo 2005).*

## Duda de tus dudas

### Jeremías, el hombre que supo afrontar sus dudas

*«Duda de tus dudas y cree tus creencias;  
pero nunca creas tus dudas ni dudes de tus creencias.»*

Estas palabras, que recibí de mí padre siendo muy joven, siempre me han acompañado y me han fortalecido en momentos de prueba. ¿Por qué es tan importante saber afrontar las dudas de forma adecuada?

La prueba, por lo general, purifica y fortalece nuestra fe como se nos enseña reiteradamente en las epístolas de Pablo y de Pedro; pero en ocasiones puede debilitarnos. Ya el mismo Señor Jesús nos advierte de ello en la parábola del sembrador: «los que fueron sembrados en pedregales... cuando viene la tribulación o la persecución a causa de la palabra, luego tropiezan...» (Mr. 4:17). No siempre el sufrimiento nos acerca a Dios, por lo menos en un primer momento. A veces produce el efecto contrario: el golpe nos deja tan perplejos que nos lleva a «dudar de todo», incluidas nuestras creencias más firmes. Nos preguntamos «¿dónde está la bondad de Dios?, ¿No será la fe una ilusión?, ¿Por qué Dios parece tan lejano?» Si te sientes así, estás en sintonía con algunos de los gigantes de la fe. David, por ejemplo, con frecuencia exclamaba «¿Hasta cuando, Señor? ¿Me olvidarás para siempre?» (Sal. 13:1); «Oye mi oración, oh Señor, y escucha mi clamor. No calles ante mis lágrimas» (Sal. 39:12). Incluso Juan el Bautista, de quien el Señor dijo «entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que él» (Mt. 11:11), agobiado por su situación de cárcel y muerte inminente llegó a dudar de la identidad de Jesús: «¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?» (Lc. 7:19). Sí, en momentos de crisis, Dios parece lejano, sus silencios se hacen largos, todo parece derrumbarse. Es el terreno fértil para las dudas que empiezan a crecer como espinos en el campo de las creencias.

¿Cómo evitar que estas dudas incipientes lleven a un naufragio de la fe? La clave está en saber afrontarlas de forma adecuada. La ilustración de la picadura de una serpiente nos ayuda a entenderlo: hay que hacer todo lo posible para que el veneno no quede dentro. De la misma manera, lo peor cuando la duda nos invade es encerrarse cada vez más dentro de uno mismo, ignorando las preguntas que surgen de la perplejidad. El reprimir las dudas equivale a guardar el veneno tras la picadura: tarde o temprano, acabará haciendo daño. Os Guinness, escritor y pensador británico cristiano, en su excelente libro sobre la duda tiene un capítulo titulado «Yo creo en la duda». Parece una contradicción, pero contiene una gran verdad: en la medida en que logremos entender el significado y la naturaleza de las dudas, incluso su valor saludable como acicate de la fe, les vamos a perder el miedo y las podremos afrontar de forma correcta.

Por esta razón hemos escogido el ejemplo de Jeremías. Nos sentimos muy identificados con el llamado «profeta llorón» y sus aparentes «peleas» con Dios. Sus altibajos constituyen un espejo de la vida espiritual de muchos creyentes.

Un aspecto clave de la vida del profeta fue su relación con Dios, una relación íntima y fecunda, pero salpicada de protestas y lamentos. En ocasiones su fe entraba en crisis porque no entendía ciertos aspectos de la voluntad divina. Sin embargo, la fe de Jeremías no era una fe débil, todo lo contrario: Era la fortaleza de su fe lo que le capacitó para ser –en palabras de Dios mismo– «como ciudad fortificada, como columna de hierro y como muro de bronce contra toda esta tierra» (Jer. 1:18). Una fe fuerte, sin embargo, no excluye altibajos, momentos de perplejidad ante los misterios de la providencia. Las preguntas de Jeremías encuentran eco en muchos creyentes hoy: «¿Por qué? ¿Hasta cuándo? ¿Dónde está Dios cuando permite que ocurran estas cosas?». Sus oraciones se convertían a veces en protestas encendidas. Volcaba todo el peso de su corazón sobre el Señor. En sus lamentos vehementes usaba incluso un lenguaje judicial: «alegaré mi causa ante ti» (Jer. 12:1). ¿Hay algo de malo en ello? ¿No es pecado el dudar?

¿Cómo afrontó Jeremías sus dudas y luchas espirituales? ¿Qué aprendemos de sus sinceras oraciones en las que vierte todas sus preguntas al Todopoderoso?

Entre otras, cinco lecciones que nos ayudan a enfocar nuestras propias dudas.

- ◆ **Las dudas de Jeremías nacen de la perplejidad, no de la incredulidad.** Son el fruto de un corazón atribulado, no de una mente altiva o de un corazón endurecido; como en el caso de muchos ateos. El profeta protesta, pero siempre desde una postura de lealtad y confianza en Dios. Aún en los momentos más oscuros, cuando su alma desfallece y su fe parece en crisis, está del lado del Señor. Por ello no vemos ni una palabra de reprensión de parte de Dios.
- ◆ **Las dudas que nacen de la perplejidad son señal de vida espiritual.** Por lógica, no puede existir duda sin una creencia previa. La comparación con el dolor físico nos ayuda a entenderlo: un muerto no puede sentir dolor porque no tiene vida; solo puede dolerse el que está vivo. En este aspecto, las preguntas y dudas lejos de ser algo negativo estimulan el crecimiento del creyente y le van creando sus propias defensas espirituales. Alguien que nunca ha tenido preguntas sobre su fe está en riesgo de tener un «sistema inmunitario» espiritual muy débil.
- ◆ **Jeremías no se queja de Dios sino a Dios.** La diferencia es importante. No es pecado decirle a Dios cómo nos sentimos porque Él se complace más en la honestidad de una oración osada que en la frialdad de un corazón altivo. El pecado radica en desafiar a Dios, no en protestar ante Él. No olvidemos el significado original de la palabra *protestar* que es *afirmar delante de alguien*.
- ◆ **La expresión de la duda es positiva y necesaria porque previene males mayores.** Nos referimos, por supuesto, a la duda que surge de la tribulación. Aunque parezca paradójico, es la mejor manera de evitar crisis de fe. No hace falta ser psicólogo para conocer el gran valor terapéutico de la *catarsis* -compartir, descargar- aquellas emociones o pensamientos que nos abruma. Podríamos decir que la impresión sin la expresión produce depresión.
- ◆ **Lo malo no es dudar, sino persistir en la duda.** De ahí la importancia de *exponer* y no *esconder* las dudas nacidas del corazón atribulado. Es como una herida contaminada: lo peor que podemos hacer es taponarla si antes no la hemos limpiado bien, con el consiguiente riesgo de infección. Ocultar las dudas es como taponar una herida sin haberla limpiado. En este caso el equivalente de la infección es la crisis espiritual. No pocas personas han visto su fe muy mermada a causa de un trato deficiente de este tipo de dudas. El mejor antídoto para una crisis de fe es ventilar, exponer las dudas ante alguien que puede comprendernos y darnos repuestas. Así lo hacía Jeremías por cuanto había aprendido que protestar no es incompatible con acercarse al Señor.

**El conflicto de un amante: Jeremías no lucha contra Dios, sino en busca de Dios.** A primera vista Jeremías está en conflicto con Dios; sus quejas parecen expresar más rebeldía que confianza. Sin embargo, no es así. Necesitamos entender aquí un fenómeno psicológico frecuente en las relaciones con nuestros seres queridos, por ejemplo en el matrimonio o entre padres e hijos. Todo conflicto encierra un doble mensaje; por un lado, hay confrontación, la cara negativa de la protesta. Cuando dos personas discuten, la primera reacción es pensar que están enfrentadas, la una en contra de la otra.

Sin embargo, hay algo más profundo: yo no discuto o peleo con alguien que me es indiferente. Si así fuera, simplemente no le haría ningún caso, le ignoraría. Un conflicto contiene un mensaje no verbal: «me importas, necesito que me digas algo». En realidad, lo que se está buscando con la confrontación es acercarse al otro, sentirle cerca. Así ocurre con muchas discusiones matrimoniales: no surgen del rechazo, sino del amor; no buscan alejarse, sino acercarse. Igualmente un padre no se preocupa por reprender a su hijo si no le ama. Lo peor en una relación de amor es el silencio que nace de la indiferencia, no el conflicto que surge del anhelo de acercarse al otro.

Jeremías se quejaba a Dios porque necesitaba y quería acercarse a Él y escuchar su respuesta. No estaba luchando contra Dios, sino en busca de Dios. Es la lucha de alguien que ama, no la de un ateo o un escéptico. Si a Jeremías no le hubiese importado para nada el mensaje divino, no habría luchado con Dios, simplemente le habría sido indiferente o le habría desobedecido. Por esta razón, el Señor nunca condena la expresión sincera de las dudas y los sentimientos de perplejidad que brotan de un corazón abrumado por la pena y el dolor. Al hacerlo así, nos acercamos a Dios.

El gran secreto de la vida de Jeremías es que luchó siempre abrazado a Dios. Aun en medio de la perplejidad y la duda -que le lleva a maldecir el día en que nació- es capaz de remontar su mirada de fe al cielo e irrumpe en alabanza con una declaración de confianza memorable: « mas Jehová está conmigo como poderoso gigante... Cantad a Jehová...» (Jer. 20:11,13)

A él -y también a nosotros- el Señor nos promete: «Pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo» (Jer. 1:19).

*Dr. Pablo Martínez Vila*

P.D. Adaptado por el propio autor de su libro *El aguijón en la carne*.

## Y al tercer día... resucitó

«Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana.» (1 Co. 15:14)

«El cristianismo es la más sublime de las religiones, sobre todo porque es la religión de la resurrección». Estas palabras del escritor ruso Nicolás Berdiaev en su libro *El sentido de la Historia* enmarcan el hecho de la resurrección como el rasgo más singular de la fe cristiana.

### La resurrección, fundamento de la Iglesia Cristiana

Si los Evangelios se hubieran cerrado con sus relatos sobre la persona y el ministerio de Jesús, hoy tendríamos una colección maravillosa de escritos religiosos; el más precioso, el de Jesús con su vida, sus milagros y sus enseñanzas. Pero su biografía tendría el más oscuro y deprimente de los desenlaces posibles: Jesús se convirtió en víctima inocente por parte del pueblo judío y sus autoridades.

Rechazado y denostado por haberse hecho Rey en el Reino de Dios, fue apresado sin culpa en la colina de Getsemaní y conducido al pretorio para ser juzgado. El gobernador romano, Pilato, el único que podía condenar a muerte, confesó la inocencia del preso. «No veo en él delito alguno»; pero la multitud exacerbada no cesaba de clamar: «¡Crucifícale, crucifícale!». Y Pilato les autorizó la cruel ejecución. Seis horas duró la tortura, al final de las cuales Jesús ya muerto fue depositado en el sepulcro nuevo de José de Arimatea (Mt. 27:57-61).

Así, del modo más desconsolador, tuvieron fin todas las ilusiones de los seguidores de Jesús. ¿Ilusiones? Sí, las esperanzas abrigadas por los apóstoles y sus seguidores estaban fuertemente teñidas de aspiraciones mundanas, de ambiciones inconfesadas de poder temporal. La experiencia de ver a Jesús agonizando en el Gólgota con el más horrible sufrimiento había de afectar la fe en el Maestro procedente de Galilea, iba a originar un desmoronamiento espiritual tan profundo como desgarrador. Así lo confesaron los dos discípulos de Emaus: «Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel». Pero esa esperanza debía ser corregida. Lo que se veía con ojos ofuscados debía ser depurado por la presencia y la palabra del Cristo resucitado. Esa visión totalmente nueva está vinculada a uno de los grandes textos cristológicos del apóstol Pablo que relaciona la muerte de Cristo con su encarnación: Él, Cristo, era el Señor de la gloria, pero «se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, ...y estando en la condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, ...para que todo hombre confiese que Jesucristo es el Señor» (Fil. 2:6-11).

De este modo, lo que aparentemente era una derrota sin paliativos vino a ser la más grande de las victorias. Daba la razón a Pablo en otra de sus osadas declaraciones: «Sorbida es la muerte con victoria» (1 Co. 15:54).

Así pues, al considerar la enseñanza bíblica en su globalidad se ve que la importancia teológica de la resurrección de Jesús nunca será ensalzada desmedidamente. Por el contrario, viene a ser el centro y meollo de la revelación. Según el apóstol Pablo, la resurrección es tan decisiva que de su veracidad depende la fiabilidad de todo el edificio de la fe cristiana, porque «si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe» (1 Co. 15:14).

### Cristo vive: la resurrección como hecho histórico

En el lenguaje casi hermético de algunos teólogos, vedado a los no iniciados, se observa una predilección innecesaria por conceptos y expresiones oscuras. Pero lo más llamativo y preocupante es que la mayoría de veces desvirtúan la historicidad de las narraciones relativas a la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Esta tendencia teológica puede hallarse profusamente en los escritos de nuestro tiempo. He aquí un ejemplo de lo que señalamos: «...la muerte y la

resurrección de Cristo son sucesos cósmicos, no incidentes que han tenido lugar en una ocasión y que pertenecen al pasado. Por medio de ellos han sido fundamentalmente desposeídos de su poder, el viejo eón y sus potestades» (R. Bultmann).

Por lo general, las doctrinas contenidas en la Biblia son mucho más nítidas que los conceptos de los teólogos modernos. Al creyente sencillo le resulta mucho más comprensible el lenguaje de la prosa llana que el sofisticado del mito. No es de extrañar, por tanto, que la historicidad de la resurrección se diera como un hecho incuestionable en los primeros tiempos del cristianismo; no sólo los testigos de los días apostólicos, sino incluso los de días sub-apostólicos en los primeros siglos de la era cristiana y subsiguiente nos confirman esta realidad. Ciertamente, una cosa es mirar la resurrección con ojos críticos, otra muy distinta es hacerlo con una mirada agnóstica -casi incrédula- a cualquier fenómeno sobrenatural y milagroso. ¿No es limitar a Dios negar que en su poder y soberanía Él puede actuar de formas sobrenaturales?

### **Cristo vive en mí: las implicaciones espirituales de la resurrección**

Podríamos ahondar más en las **evidencias** de la resurrección. Es importante disponer de una buena defensa -una apologética- con argumentos persuasivos. Pero ante la resurrección de Cristo no basta con tener buenas evidencias; hay que conocer también sus **consecuencias**. La historicidad de la resurrección conlleva el **poder de la resurrección**. Creer en su historicidad es la llave que nos franquea la puerta para contemplar el glorioso paisaje que este hecho implica. No podemos quedarnos en una lectura meramente histórica; es un hecho que tiene unas consecuencias espirituales y existenciales decisivas para cada ser humano. Por esta razón las doctrinas bíblicas más destacadas guardan relación con la resurrección. Cabe señalar, por ejemplo, la contraposición de las dos figuras más determinantes en la historia de la humanidad: Adán y Cristo. Por el primero, el pecado entró en el mundo, por el segundo, la salvación tal como argumenta el apóstol Pablo, una vez más nuestro gran mentor doctrinal (Ro. 5:12-21). A la doctrina de la justificación por la fe, debemos añadir la inmortalidad y la resurrección de los creyentes (1 Co. 15:12-58), esperanza cimentada en la resurrección corporal de Cristo. Mucho podríamos hablar también de la resurrección del Señor en relación con su Iglesia: somos un pueblo justificado porque Cristo fue «entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25).

Todas estas doctrinas vinculadas a la resurrección no son algo teórico, frío. Tienen una consecuencia gloriosa para nosotros: si Cristo vive, Él vive también en mí. El poder del Cristo resucitado puede operar en cada ser humano una transformación interior semejante a la vivida por los discípulos de Emaús y por los apóstoles. Es una transformación que nos proporciona gozo, nuevas fuerzas y esperanza, la esperanza del Reino eterno de Cristo y la Parusía -el regreso en gloria de nuestro Señor. De tal manera que exclamamos exultantes «ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gá. 2:20).

Ésta es la mejor manera de recordar y honrar la resurrección.

*Pastor José M. Martínez*

## ¿Oración o autosugestión?

*«La oración no es algo real. Es un fenómeno puramente psíquico». «Tú te lo imaginas, en realidad estás hablando en el vacío, con la pared». O como dirían los jóvenes de hoy: «Te lo montas todo tú». «Si yo viera a Dios aquí al lado, entonces oraría; pero esto no es más que una forma de autosugestión».*

Esta forma de pensar refleja la opinión de no pocas personas en nuestros días. Todavía hoy, en pleno auge del postmodernismo, sólo lo que la ciencia prueba y aprueba parece fuera de toda discusión. El sello de «científico» es como un certificado de infalibilidad. Vivimos en una generación que sufre lo que se ha venido en llamar «el síndrome de Tomás»: «Si no veo con mis propios ojos y toco con mis propias manos, no creeré».

Desde hace muchos siglos la religión, en sus diversas manifestaciones, ha estado asociada con la sugestión. Bastantes personas ven en la religión, incluida su actividad cardinal -la oración-, una forma de autoconvencimiento. «Te crees que Dios está ahí y te lo imaginas, te convences a ti mismo de que es así». Observemos la definición de sugestión: «Influencia psíquica del propio sujeto por la que experimenta estados de ánimo sin causa objetiva. Convencerse por un esfuerzo de voluntad de que se tiene cierto estado o cualidad». En otras palabras, cuando la mente acepta una idea como verdadera, si esta idea es razonable, tiende a hacerse real por medio de procesos inconscientes. Sería el equivalente del efecto *placebo* en medicina: si tomo un medicamento que no contiene más que agua destilada, pero creo que es un tranquilizante, ejercerá, efectivamente, las funciones de sedante. En esta línea, la fe cristiana es presentada como una forma de sugestión.

¿Qué podemos responder a este argumento? Vamos a considerar tres aspectos que nos ayudan a diferenciar la sugestión de la fe bíblica:

### 1. El propósito de la sugestión

La autosugestión siempre cumple un objetivo definido: la evasión. Se busca escapar de una realidad dura, sea ésta una circunstancia transitoria o algo más profundo como la vida misma. El propósito básico de la sugestión es huir. En este aspecto, la religión actuaría como el gran calmante, el opio del pueblo del que hablara Marx, para mitigar un profundo dolor existencial. Sería un escape trascendental que viene a aliviar nuestras necesidades más profundas. La oración, a su vez, es el instrumento por excelencia, el mejor «medicamento», para lograr este efecto de huída.

No obstante, encontramos aquí una primera contradicción. El cristiano, cuando sigue verdaderamente a Cristo, escoge una vía de evasión que no tiene un precio nada fácil. La obediencia a su Señor es costosa, un camino estrecho que está cargado de espinas. No tenemos más que leer el capítulo 11 de Hebreos cuando nos habla de «los otros héroes de la fe»: «Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos con pieles de cabras, menesterosos, atribulados, maltratados...» (Heb. 11:36-37). ¡Bonita evasión! Podríamos hablar de autoconvencimiento e ilusión si la fe ofreciera un paraíso en la tierra. Entonces sí que actuaría a modo de aspirina existencial. Pero la fe cristiana parece más bien lo contrario. Ya Jesús mismo avisó de la dureza de la carrera cristiana: «Mi paz os dejo, mi paz os doy... pero no como el mundo la da... en el mundo tendréis aflicción... porque el siervo no es mayor que su Señor». La lucha, el dolor, la persecución son a menudo la marca distintiva del discípulo de Cristo. Por supuesto, esto no ocurre siempre a todo creyente, pero alguna forma de sufrimiento parece muy normal en la vida cristiana.

Ello nos pone ante dos opciones: o bien los cristianos son todos masoquistas por naturaleza, o bien la fe cristiana no cumple un propósito de huída. Hay formas mucho más agradables de escapar en nuestros días. *Si la fe cristiana fuera falsa, estaríamos ante una gran estafa, pero no ante una evasión.* ¿No es cierto que bastantes creyentes vivirían con menos preocupaciones si no

fueran cristianos? Tendrían mucha más tranquilidad, desde el punto de vista humano, sin los problemas derivados de una fe comprometida. «Cristo no me ha hecho la vida fácil. Al contrario, habría sido más cómodo estar sin él que vivir con él», afirmaba atinadamente el obispo luterano Dibelius.

La fe puede proporcionar, y proporciona, una paz profunda; es la paz que surge del conocimiento de unas realidades gloriosas. Pero nunca ha sido camino de comodidad o de evasión. Hace unos años el francés Emile Coué dio una definición popular de autosugestión en forma de slogan: «Cada día, en todas las cosas, estoy cada vez mejor». ¡Qué contraste con la experiencia del creyente! Recordemos una declaración del apóstol Pablo: «Estamos atribulados en todo, mas no estrechados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos» (2 Co. 4:8-9). Francamente, explicar la existencia del cristianismo en términos de autosugestión requiere un esfuerzo mental superior a la propia fe.

William James en su clásico libro *The varieties of religious experience* profundiza en el tema de la experiencia espiritual humana y afirma, entre otras cosas: «La influencia sugestiva del medio ambiente juega un papel muy importante en toda educación espiritual. Pero la palabra sugestión ya está empezando a tener, por desgracia, la función de una manta mojada que cubre la investigación y se usa para rechazar el análisis cuidadoso». No se puede caer en el reduccionismo de encajonar todo lo religioso en el baúl de la autosugestión.

## 2. El objeto de la sugestión

La persona objeto de la sugestión presenta una *personalidad característica*. Observemos la definición del prestigioso libro de Freedman y Kaplan, una de las voces más autorizadas en el campo de la psiquiatría: «La sugestión pretende lograr un estado de docilidad sumisa y sin capacidad crítica que conlleve la aceptación fácil de una idea, creencia o actitud. Se observa, por lo común, en personas con rasgos histéricos de personalidad». La primera parte de la definición ya la hemos comentado anteriormente. Pero, ¿qué nos dice de la personalidad sugestionable? Si la sugestión es propia de personalidades histéricas, ¿cuáles son sus características psicológicas? Veamos con atención: «La persona histérica está dominada por la necesidad apremiante de agradar a los demás... ello se manifiesta en una actividad incesante, la tendencia a dramatizar y a exagerar, la necesidad de seducir y conquistar, ya sea a nivel social o sexual, y una dependencia inmadura y poco realista de las otras personas». Pero no acaba aquí la descripción: «El histérico, por sus comedias, sus mentiras y sus fabulaciones, no deja de falsificar sus relaciones con los demás, se ofrece siempre como un espectáculo, ya que su existencia es, a sus propios ojos, una serie discontinua de escenas y aventuras imaginarias».

De nuevo estamos ante una disyuntiva. Hemos de escoger entre dos opciones: si para ser sugestionado se requiere un tipo de personalidad histérica, entonces o todos los cristianos son histéricos o bien las manifestaciones de fe no son, necesariamente, un ejercicio de sugestión. La argumentación lógica es contundente. Creo que nadie se atrevería a afirmar que todos los cristianos son histéricos. Por ello debemos concluir que la fe, incluida la oración, no siempre es resultado de una autosugestión.

Dicho esto, hemos de reconocer que las formas y manifestaciones de vida cristiana de algunos creyentes se parecen a veces a un ejercicio de sugestión que no podemos aceptar. La autocrítica es siempre saludable. Y éste es el momento de mostrar nuestra preocupación por algunas formas de culto, de adoración, de oración y de evangelización que llegan a terrenos fronterizos con la sugestión. Ello puede ocurrir a nivel individual o de grupo y debe obligarnos a revisar nuestra espiritualidad. La oración verdadera, como las otras manifestaciones de la fe, es lo que más se aleja de la sugestión porque mantiene a toda la personalidad -mente, voluntad, y emociones- en acción. No puede convertirse en la repetición rutinaria de frases o canciones hasta que uno logra cierto estado emocional. Esta manera de practicar la fe sí puede bordear la autosugestión.

El apóstol Pablo menciona un tipo de reunión donde alguien que entre por primera vez puede pensar que «estáis locos» (1 Co. 14:23). Pablo no está censurando el hecho en sí de hablar en lenguas, sino la forma de hacerlo, sin orden, porque ello creaba confusión. Dentro de la libertad preciosa del cuerpo de Cristo deberíamos intentar «hacerlo todo decentemente y con orden... pues Dios no es Dios de confusión, sino Dios de paz» (1 Co. 14:33,39). La fuerza de nuestro testimonio tiene mucho que ver con la genuinidad de nuestra fe, pero la pasión y el celo no excluyen el equilibrio, el orden o la reverencia. Si nuestras formas de culto bordean el ritual mágico, el testimonio se debilita. Los no creyentes nos acusarán, con razón, de practicar una fe que no es más que autosugestión. Por el contrario, cuando la oración y la adoración reflejan la esencia misma de Dios -paz, celo, compromiso, amor, orden-, la gente del mundo se verá mucho más atraída porque tiene sed de trascendencia y de valores espirituales.

### 3. La duración de sus resultados

En tercer lugar, la sugestión y la oración (o la fe en general) se diferencian por la duración de sus efectos. Además de su propósito evasivo y de ocurrir en una personalidad determinada, la sugestión se caracteriza por la fugacidad de sus efectos. Tienen un carácter *transitorio* y la molestia que se pretendía eliminar reaparece al cabo de poco tiempo. Es un resultado limitado que nos recuerda, efectivamente, la acción de un calmante. Pasada su acción analgésica, el nivel de dolor vuelve a ser el mismo de antes. No ha habido ningún tipo de mejoría. La sugestión cumple una función puramente sintomática. *Alivia un síntoma*.

Por el contrario, los efectos de la fe no son transitorios. Tienen *carácter permanente*. Cierto que puede desaparecer el primer amor, cierto que hay crisis o retrocesos. Pero los cambios radicales y profundos que opera el Espíritu Santo en la vida del creyente no se llegan a perder del todo, ni siquiera en épocas de crisis; lejos de ello, se acrecientan con el tiempo (ver Fil. 1:6). En términos médicos, diríamos que la fe actúa como un tratamiento etiológico, llega a la causa, no es puramente sintomático. *A diferencia de la sugestión, la fe produce cambios, no solamente alivia síntomas*. Los éxitos de la sugestión pueden ser espectaculares y brillantes, pero efímeros. Los éxitos de la fe son, con frecuencia, más lentos, pueden carecer de sensacionalismo, pero son profundos. Penetran en el meollo del alma humana. La sugestión desaparece con cualquier influencia que produzca un efecto opuesto, como una desprogramación. El creyente no es llevado por cualquier «viento de doctrina», sino que permanece «fiel hasta la muerte». Así podríamos seguir con las diferencias. Probablemente ésta es la razón por la que Weatherhead escribía: «la verdadera fe me parece tener poca relación con la sugestión».

*Dr. Pablo Martínez Vila*

P.D. El presente artículo es una adaptación realizada por el propio autor de su libro *Psicología de la oración*, capítulo 5.

## La espiritualidad Cristiana

Pocos conceptos son tan ricos como el de espiritualidad. Y tan expuestos a confusión. Si formulásemos una pregunta acerca de su significado, podrían darse las respuestas más diversas, algunas de ellas generadoras de problemas en la fe de determinados creyentes e incluso en la vida comunitaria de más de una iglesia. Conviene, pues, aclarar ideas, sin renunciar a los grandes beneficios que una auténtica espiritualidad cristiana comporta.

Quizás, en primer lugar, conviene hacer notar que la preocupación por la dimensión espiritual de la vida no es exclusiva del cristianismo. Distingue a las religiones e ideologías orientales que, en su concepción y práctica de la espiritualidad, habrían de hacer sonrojar al mundo occidental, dominado por el más crudo materialismo. Para los hindúes, por ejemplo, la oración es la actividad más importante de la vida. Y para las otras grandes religiones de Oriente (budismo, zoroastrismo y otras de la China y el Japón), el ascetismo y la vida contemplativa son esenciales. Pero al mismo tiempo podemos afirmar que en ninguna religión humana se hallan fuentes de espiritualidad tan ricas como en la fe y la experiencia cristianas.

### La espiritualidad bíblica

Según la enseñanza bíblica, la verdadera riqueza de un ser humano no depende de la abundancia de bienes materiales, sino de que sea «rico para con Dios» (Lc. 12:21). La comida, la bebida, el vestido son «añadiduras» a lo esencial de la vida humana; lo primordial es «el reino de Dios y su justicia» (Mt. 6:33), pues ese reino es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Ro. 14:17). Por el conocimiento de Cristo, el creyente piensa que todas las demás cosas pueden ser consideradas como «pérdida», tan despreciables como la «basura» (Fil. 3:8). En Cristo ha sido hecho hijo adoptivo de Dios, con quien puede vivir en gozosa comunión. Esta comunión halla sus formas de realización en la lectura de la Palabra de Dios, en la oración, en el culto, en la comunión fraternal y en el servicio que nace del amor. En todo esto consiste esencialmente la espiritualidad cristiana, sin que excluya hasta cierto punto -dentro de unos límites- el elemento contemplativo y determinadas formas de ascetismo. En este modo de vivir la piedad participan la mente, los sentimientos y la voluntad; se asocian el entendimiento, el corazón y la acción.

La espiritualidad así entendida es un imperativo para el cristiano. Equivale a la madurez que se espera de los discípulos de Cristo (Heb. 6:1) y constituye el mejor antídoto contra los males causados por la carnalidad. El cristiano carnal es egocéntrico -a veces hasta el extremo de la egolatría- y su egocentrismo engendra los pecados más dañinos, tanto en su propia vida como en la de la iglesia. Téngase presente el patético cuadro descrito en 1 Co. 1:10-12 y 1 Co. 3:1-18. En modo alguno puede un creyente conformarse con ser un «cristiano carnal», como si el cristianismo auténtico y la carnalidad fuesen compatibles. Ser cristiano implica sometimiento pleno al señorío de Cristo, lo que equivale a un tajo profundo en las raíces de los propios criterios, de la exaltación personal y la autocomplacencia. Así la espiritualidad deja de ser una opción voluntaria para cristianos de primera. Es un deber para cuantos invocan a Cristo diciendo: «Señor, Señor».

Dicho esto, volvamos a lo antes expuesto, la necesidad de que la espiritualidad sea completa, en adecuado equilibrio de entendimiento, sentimientos y acción. Cuando alguno de estos elementos desaparece o se debilita, la espiritualidad queda empobrecida, por lo que para muchos creyentes resulta insatisfactoria. Ello explica las sanas reacciones que a lo largo de la historia se han producido cuando la espiritualidad se ha vaciado de contenido vital y sólo ha conservado formas (dogmáticas, litúrgicas, legalistas o de cualquier otro tipo). Puede servirnos de ejemplo el movimiento pietista en Alemania (siglo XVII) con su denuncia de la esterilidad espiritual a que había llegado la fría ortodoxia del protestantismo luterano. O el movimiento metodista en la iglesia anglicana del siglo XVIII.

## Los peligros de la superespiritualidad

Ha sucedido, sin embargo, que muchos cristianos han parecido no tener suficiente con una espiritualidad «normal», bíblica, equilibrada. No conformándose con ser espirituales, han pretendido ser «superespirituales» y se han empeñado en ser más puros que los demás, más fervorosos, más fieles a la Palabra. De estos movimientos de superespiritualidad también hallamos ejemplos en la historia. Conoció alguno de ellos el judaísmo postexílico. Los jasideos (heb. *Hasidim* = santos o piadosos), empeñados en luchar contra la helenización del judaísmo y mantener la observancia de la ley judaica, cayeron en una religiosidad meramente externa, con escasa o nula piedad interior. De ese grupo surgió la secta de los fariseos. En la iglesia cristiana de los primeros siglos también hubo quienes reaccionaron contra errores o debilidades bastante extendidos, pero, en movimiento pendular, cayeron en otros errores no menos deplorables. Recuérdense el donatismo y el montanismo. En la Edad Media, el movimiento de los cátaros (del griego = puros, perfectos) tuvo mucho de positivo, pero, al parecer, cayeron en errores gnósticos y maniqueos. En su afán de pureza, llegaron a condenar la posesión de bienes terrenales y las relaciones sexuales incluso dentro del matrimonio; sólo mediante una renuncia al mundo se podía ingresar en su iglesia, fuera de la cual no había salvación. En días de la Reforma, los movimientos radicales tuvieron muchos aspectos loables, pero también asumieron en algunos puntos posturas extremas que desacreditaron el testimonio cristiano. En tiempos más recientes, algunos movimientos de «renovación», pese a lo noble de sus propósitos y de algunos de sus énfasis, han sido causa de problemas en muchos lugares al tratar de imponer su teología y formas de culto como superiores en espiritualidad a las de las iglesias más tradicionales.

**La falsa espiritualidad** puede aparecer bajo formas diversas, pero casi todas pueden englobarse en cuatro: **ascetismo**, legalismo, antinomianismo y sentimentalismo. El ascetismo es tan antiguo como la Iglesia misma. Ya en los orígenes del cristianismo prevenía la enseñanza apostólica contra los extravíos de quienes intentarían someter a los fieles a privaciones injustificadas y a estilos de vida que nada tienen que ver con la verdadera piedad (Col. 2:16-23; 1 Ti. 4:1-3). De la inclinación al ascetismo nació el monasticismo en los primeros siglos de la Iglesia cristiana. En nuestros días no faltan quienes evalúan la espiritualidad de acuerdo con la capacidad de renuncia a bienes o placeres legítimos, ya sean materiales (posesión y uso de un televisor, por ejemplo) o culturales (asistencia a la representación de una obra de teatro o a una sala de conciertos, lectura de libros que no sean la Biblia, etc.).

En el **legalismo** caen quienes hacen depender la espiritualidad del sometimiento a ciertas prácticas, determinadas muchas veces más por tradición humana que por mandamiento bíblico. Hay actos propios de todo creyente fiel, actos eminentemente edificantes y necesarios (lectura de la Biblia, práctica de la oración, asistencia a los cultos, participación en alguna forma de evangelización o de trabajo en la iglesia, etc.); pero hacer de ellos la medida de nuestra piedad y la calidad de nuestro cristianismo es confundir la cascara de la nuez con la nuez misma.

En el polo opuesto se halla el **antinomianismo**, el rechazo de toda norma o principio que regule el comportamiento ético, la sustitución de la teonomía por la autonomía individual. Si la verdadera espiritualidad fluye de la gracia de Dios -se dice-, no importa lo que hagamos. Éste era el postulado teológico de algunos contemporáneos de Pablo, «La gracia sobreaabundó cuando el pecado había crecido; perseveremos, pues, en el pecado para que la gracia crezca» (Ro. 5:20; Ro. 6:1). Pero ese concepto rasputiniano de la gracia es una corrupción maligna de la enseñanza bíblica. Es una exaltación de la «gracia barata» que tan agudamente describió Bonhoeffer. No denota mayor conocimiento de la libertad cristiana o más elevada espiritualidad, sino incompreensión total del Evangelio y esclavitud bajo la tiranía de la carne.

El **sentimentalismo**. En cuarto y último lugar, hemos de referirnos a la «versión sentimental» de la espiritualidad, en la que ocupan lugar prioritario -a veces exclusivo-las emociones. Puede incluir el elemento contemplativo con cierta tendencia al misticismo. Por supuesto, no debe excluirse el factor sentimental; pero si éste predomina hasta el punto de excluir la función del entendimiento en la experiencia de la fe, el resultado puede ser la superficialidad y la inestabilidad espiritual.

## Motivos ocultos en la falsa espiritualidad

Cualesquiera que sean las formas de superespiritualidad, existe un rasgo común a todas: el **anhelo obsesivo**, casi neurótico, **de perfección**, tanto en la vida personal como en la de la comunidad eclesial. Ignorando la totalidad de la enseñanza bíblica sobre la santificación, con su tensión entre el ya y el todavía no, se sueña con una utopía espiritual que sólo se hará realidad cuando Cristo glorifique a su Iglesia en su parusía. Ante la imposibilidad de alcanzar la perfección en su sentido profundo, pleno, a menudo se recurre al subterfugio de incrementar los ejercicios de una piedad externa, legalista, con la misma escrupulosidad de aquel campesino ruso que, tomando al pie de la letra lo de «Orad sin cesar», repetía la oración del publicano («Dios, sé propicio a mí, pecador») siete mil veces al día. Al final, la experiencia del perfeccionista suele ser la desilusión y la consiguiente postración espiritual.

No menos grave es otro de los rasgos que por lo general se observa en los «campeones» de la espiritualidad: **el orgullo**, aunque éste sea inconsciente. Por encima del hombro miran despectivamente a los pobres cristianos de segunda que no han alcanzado las alturas espirituales a que ellos han llegado. Piensan que seguramente ellos están destinados a ser pocos, pero ven en su corto número un signo de calidad espiritual: «Cuanto menos, mejores». Posiblemente incluso algunos pastores, partícipes de esas ideas, se alegrarían de que un gran número de miembros abandonara la iglesia, pues serían los poco espirituales, rémora del «resto fiel». Perdiendo de vista su responsabilidad para con todo el rebaño, incluidas las ovejas débiles y las perniquebradas, se han erigido en jueces de sus hermanos y los han condenado sin compasión. Parecen haber olvidado textos como «No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que humea» (Mt. 12:20) o «La misericordia triunfa sobre el juicio» (Stg. 2:13). Añádase a esto la posibilidad de que los creyentes etiquetados como «pocos espirituales» vivan en un plano de espiritualidad más sano que el de los pretendidos líderes de la piedad y nos percatemos de lo ridículo que puede llegar a ser una espiritualidad mal entendida. Por otro lado, las actitudes de superioridad espiritual contribuyen no poco a la división de iglesias y hunden a muchos de sus miembros en el desaliento y la frustración.

En cierta ocasión, Lutero, con motivo de los problemas que le causaban algunos defensores de la Reforma, elevó a Dios una singular oración: «Guárdame, Señor, de mis amigos, que de mis enemigos ya me guardo yo.» Es de desear, y cabe esperar, que no llegue el día en que hayamos de parafrasear esa súplica diciendo: «De los espirituales, ¡guárdanos, oh Dios!» La verdadera espiritualidad nace del Espíritu Santo, cuyo fruto es «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio» (Gá. 5:22-23). Es el fruto que acredita la autenticidad de nuestro cristianismo en el seno de la Iglesia y a ojos de la sociedad.

*Pastor José M. Martínez*

*P.D. Revisado y adaptado de Alétheia, número 3, 1/1993.*

## El poder de la oración

«Nada hay más poderoso que la oración; nada puede compararse con ella». Con esta cita de Juan Crisóstomo da comienzo Olive Wyon a su libro *Prayer* (Oración). Y no cabe la menor duda de que todo cristiano reconoce la verdad expresada por el distinguido obispo de Constantinopla.

Sin embargo, no hay unanimidad en cuanto al modo de interpretar la naturaleza y el alcance del poder de la plegaria. ¿Se trata simplemente de un ejercicio de autosugestión o tiene efectividad exterior? ¿Actúa sólo subjetivamente en la persona que ora, a modo de saludable gimnasia espiritual, o influye de algún modo en Dios y en sus actos? ¿Cambia únicamente nuestro interior o -usando conocida frase- también «cambia las cosas»?

Es obvio que la oración ejerce una acción poderosa en el espíritu de quien la practica. Descargar ante el trono de Dios nuestras congojas, temores e inquietudes nos reporta «la paz de Dios que excede a todo conocimiento» (Fil. 4:6-7). La confesión de nuestros pecados libera nuestra conciencia del sentimiento de culpa y, sobre la base de las promesas de Dios, nos infunde el gozo del perdón (Sal. 32:5; 1 Jn. 1:9). La acción de gracias nos hace más conscientes de la bondad de Dios manifestada en las experiencias de nuestra vida (Sal. 103). La adoración hace más nítida nuestra visión espiritual de la gloria de Dios, de sus atributos y de sus obras (Sal. 95-100). La intercesión ensancha los horizontes de nuestros intereses y nos hace más solidarios en relación con las personas por las cuales oramos; nos hace más «humanos». Todo esto equivale a un enriquecimiento espiritual preciadísimo. Pero ¿es eso todo lo que de la oración podemos esperar? Según algunos teólogos liberales, sí. Pero tanto la Escritura como la experiencia nos muestran que la expectativa del creyente puede incluir resultados objetivos, además de los meramente subjetivos, pues «en respuesta a la oración tienen lugar hechos en el mundo exterior que no se producirían de no haber sido precedidos por la oración».<sup>1</sup> Abundantes ejemplos bíblicos corroboran la aseveración precedente. Por la oración íntercesora de Abraham, Abimelec y su familia fueron sanados (Gn. 20:17). Las fervorosas súplicas de Ana obtuvieron como respuesta el nacimiento del hijo insistentemente pedido (1 S. 1:10-18). En contestación al clamor de Elías, Dios le concedió una resonante victoria sobre el baalismo (1 R. 18:36-40), y fueron las oraciones del mismo profeta las que influyeron decisivamente en la sequía y en la lluvia (Stg. 5:17-18). Por la oración de Elíseo fue resucitado el hijo de la sunamita (2 R. 4:33). Las súplicas del rey Ezequías le libraron de la invasión de Sennaquerib (2 R. 19:15-37) y de la enfermedad (2 R. 20:2-11). El arrepentido Manases, exiliado y cautivo en Babilonia, oró a Dios «y habiendo orado a él, fue atendido, pues Dios oyó su oración y lo restauró a Jerusalén, a su reino» (2 Cr. 33:12-13). Daniel oró y Dios le reveló el sueño de Nabucodonosor (Dn. 2:17-19). Atendiendo a las oraciones de Nehemías, Dios inclinó el corazón del rey persa Artajerjes para autorizar y favorecer la reconstrucción de Jerusalén (Neh. 1:4-11; Neh. 2:4). Y no son menos impresionantes algunas de las respuestas a la oración mencionadas en el Nuevo Testamento. Recuérdese la liberación milagrosa de Pedro, encarcelado y condenado a muerte (Hch. 12), o lo acontecido en la cárcel de Filipo mientras Pablo y Silas «oraban y cantaban himnos a Dios» (Hch. 16:25-40).

También la historia de la Iglesia abunda en hechos que confirman la eficacia objetiva de la oración, tanto en el orden físico como en el espiritual e incluso en el político. Serían incontables los casos de curación de graves enfermedades o de liberación asombrosa de otros peligros no menos graves, hechos que habían sido objeto de oración previa.

Lutero, orante de gran fe, visitó a Melancton en una ocasión en que éste se encontraba en estado agonizante. Su muerte parecía tan próxima como inevitable. Entre sollozos, oró Lutero pidiendo a Dios la recuperación física de su más íntimo colaborador. Una exclamación vehemente al final de la oración hizo salir a Melancton de su estupor. Sólo pronunció unas palabras: «Martín, ¿por qué no me dejas partir en paz?» «No podemos prescindir de ti, Felipe», fue la respuesta. Lutero, de rodillas junto al lecho del moribundo, continuó orando por espacio de una hora. Después persuadió a su amigo para que comiera una sopa. Melancton empezó a mejorar y

1 A.H. Strong, *Systematic Theology*, The Judson Press, 1949, 433.

pronto se restableció totalmente. La explicación la daba Lutero con estas palabras: «Dios me ha devuelto a mi hermano Melanchton en respuesta directa a mis oraciones».<sup>2</sup>

Por supuesto, no todas las peticiones en favor de enfermos han sido contestadas del mismo modo. En muchos casos la curación no se ha producido. Como vimos al considerar los requisitos de la oración, debemos someternos a la soberanía de nuestro Padre, tan sabio como misericordioso. La diversidad de respuestas, positivas o negativas (a nuestro juicio), no invalida el poder de la oración. La fe que nos mueve a ella tiene en sus resultados una doble vertiente: la de los prodigios, a veces milagrosos, y la del poder espiritual para resistir las mayores adversidades. Éste es el gran mensaje de Hebreos 11:32-40.

Obras filantrópicas admirables, como la de Jorge Müller en Bristol, en el siglo XIX, han puesto de relieve la efectividad de las peticiones hechas a Dios en demanda de la ayuda necesaria. La experiencia de Müller es especialmente significativa. Al emprender su obra, aquel hombre de gran fe se propuso firmemente no pedir nada a nadie sino sólo a Dios. Pese a los muchos momentos de prueba extrema que hubo de pasar, se mantuvo en su propósito y siempre en el momento oportuno llegó providencialmente la provisión solicitada al Señor.

La expansión misionera y los grandes avivamientos siempre han estado asimismo estrechamente relacionados con la oración. Muchos combates contra fuerzas políticas adversas han sido ganados orando. Así se puso de manifiesto en los días de la Reforma. Bien conocido es el hecho de que la reina María de Escocia temía más las oraciones de Juan Knox que ejércitos de millares de soldados. Igualmente muestra la historia la efectividad de la oración en favor de las autoridades temporales (1 Ti. 2:2-3) con miras a una convivencia civil pacífica y al triunfo de la justicia. Sólo Dios sabe hasta qué punto las plegarias de sus hijos han influido en el curso de importantes acontecimientos históricos. Los capítulos 9 y 10 del libro de Daniel merecen reflexión profunda. El autor se sintió hondamente impresionado en la Asamblea de la Alianza Evangélica Mundial, celebrada en Singapur en junio de 1986, al escuchar el testimonio del delegado filipino. Su informe sobre la experiencia vivida por su país a principios del mismo año, cuando todo hacía temer una revolución sangrienta, destacaba el hecho de que millares de creyentes estaban orando en las iglesias rogando al Todopoderoso una solución pacífica mientras otros se manifestaban en las calles con el mismo fin. A esas oraciones atribuían él y muchos más la decisión de Fernando Marcos de abandonar el país, con lo que se evitó el temido baño de sangre.

A estos ejemplos, citados a modo de botones de muestra, podríamos añadir muchos más, todos demostrativos de que la oración no es un simple ejercicio de gimnasia espiritual, sino una causa de efectos dentro y fuera de nosotros mismos. Ésta era la convicción de C.S. Lewis cuando en una de sus famosas «Cartas a Malcolm» escribía: «Si lo que en tu última carta querías decir es que debemos desechar la oración peticionaria-oración que, como tú señalas, pide a Dios que actúe a modo de "ingeniero" disponiendo acontecimientos particulares en el mundo objetivo- y limitarnos a actos de penitencia y adoración, discrepo de ti. Puede ser cierto que el cristianismo sería, intelectualmente, una religión mucho más fácil si nos dijera que es eso lo que debemos hacer. Y puedo entender a quienes piensan que esa religión sería más noble. Pero recuerda el salmo: "Señor, no soy persona de nobles pensamientos". O, mejor aún, recuerda el Nuevo Testamento. En él las oraciones peticionarias más osadas nos son recomendadas tanto por vía de precepto como por medio del ejemplo».<sup>3</sup>

Con razón escribió Santiago; «La oración eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16).

Pastor José M. Martínez

<sup>2</sup> *Dictionary of illustrations for pulpit and platform*, Moody Press, 1949, p. 442 (4253).

<sup>3</sup> C.S. Lewis, *Letters to Malcom, chiefly on Prayer*, Fontana, 1966, p. 38

## Navidad, tiempo de luz y esperanza

Las calles, las tiendas, las casas, todo se llena de luces por Navidad. ¿Cuál es el verdadero significado de tanta luz? Para muchos es sólo un reclamo comercial a fin de estimular el consumo, más ahora en una época de crisis económica. Para otros es un mero símbolo de una celebración dominada por el paganismo y el hedonismo en el que, a lo sumo, se celebra la «fiesta de la familia». Es triste comprobar cómo la inmensa mayoría de niños y jóvenes, pero también muchos adultos desconocen por completo el verdadero sentido de las luces navideñas. Para los cristianos la respuesta es clara: recordamos el nacimiento de «Aquel que es la luz del mundo» (Jn. 1:9), la luz por excelencia que alumbra las tinieblas de vidas vacías y sin sentido, la luz que acaba con la oscuridad y el dolor de tantas relaciones rotas, de tantas heridas por el egoísmo del corazón humano, de tantas infidelidades y miserias.

Esta luz simboliza, por tanto, esperanza, una esperanza resumida en el mensaje navideño por excelencia: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz...». Adviento es tiempo de esperanza, pero no es una mera esperanza humanista en que las cosas irán mejor en el mundo y en mi vida el año próximo, una esperanza que no va más allá del horizonte humano. Cristo, Aquel en quien no hay oscuridad alguna, nos ofrece vida abundante aquí y ahora (Jn. 10:10), pero la esperanza de la Navidad apunta sobre todo al futuro, tiene una dimensión que se remonta por encima de las circunstancias presentes y con los ojos de la fe contempla un paisaje pletórico de gozo y de consuelo.

Veamos algunos aspectos de este paisaje que constituyen **las razones de nuestra esperanza**. ¿Qué esperamos? El apóstol Pedro lo describe como una «herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros» (1 P. 1:4). A la luz de la enseñanza de Pablo (2 Co. 4:14-5:8) esta herencia contiene, entre otras, tres grandes realidades:

- ◆ La promesa de una reunión futura: el cielo como una gran fiesta
- ◆ La promesa de una casa futura: el cielo como una mansión («morada»)
- ◆ La promesa de una recompensa: la corona de gloria, de justicia y de vida

Por la gran riqueza del tema, dejaremos para otro artículo la consideración sobre la recompensa y nos centraremos en las dos primeras promesas, cada una de ellas introducida por Pablo con una afirmación llena de convicción y seguridad: «sabemos». El apóstol no está hablando de especulaciones o meras intuiciones personales, sino de certezas.

### La promesa de una reunión futura: el cielo como una gran fiesta

*«...sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús y nos presentará juntamente con vosotros» (2 Co. 4:14).*

*«Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero» (Ap. 7:9).*

La esencia del cielo estriba en una relación bidimensional: con Dios y con Cristo primero, pero también con nuestros hermanos y hermanas que componen la gran familia de Cristo. Nuestra vida en el cielo no será una experiencia individual. El contemplar esta dimensión comunitaria es uno de los ingredientes más preciosos de nuestra esperanza. En el Nuevo Testamento el cielo se describe como la gran reunión de todos los santos, todos los que creyeron en Jesucristo. Esa gran reunión será tan feliz y gozosa que se compara a un banquete de bodas. Sí, el banquete de bodas del Cordero: «Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero» (Ap. 19:9).

Esta reunión incluye el re-encuentro con aquellos seres queridos que nos han precedido, nuestros padres, hermanos, amigos. Ahí tenemos uno de los aspectos más consoladores de la

esperanza cristiana: vamos a vernos otra vez, por ello los creyentes no dicen nunca «adiós», un adiós para siempre, sino «hasta luego». La separación causada por la muerte es «por un poco de tiempo». Hay un día de gran dolor -el día de la muerte, día de separación- pero hay también un día de gozo inefable, el día de la gran reunión. En aquel día se demostrará, y nosotros lo comprobaremos, la exultante afirmación de Pablo: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado» (1 Co. 15:55).

Ahí es donde empezamos a entender por qué la Navidad es luz, por qué Cristo alumbró nuestra oscuridad. Jesús nació para vencer a la muerte. Cristo, al borrar nuestros pecados en la cruz «quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad» (2 Ti. 1:10). Dado que la muerte ha perdido su poder de dañar, ya no nos aterroriza. La muerte sigue siendo un enemigo, pero es un enemigo derrotado. En palabras del autor de Hebreos desaparece el "terror": «para... por medio de su muerte... librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb. 2:14).

El día en que Jesús resucitó de los muertos fue «el día en que la muerte murió». Gracias a este acontecimiento, el vacío doloroso por la ausencia de la persona querida -vacío que se hace más intenso en estas fechas navideñas- queda mitigado por el bálsamo que supone la esperanza de volver a vernos. Esta Navidad la reunión en familia puede ser incompleta porque faltan aquellos a los que hemos amado; pero nuestro gozo es completo porque esperamos el gran banquete, otra magna celebración con Cristo como centro. En aquel día, sin embargo, no celebraremos un nacimiento que lleva inevitablemente a la muerte, sino la victoria suprema de Aquel «ante cuyo nombre se doblará toda rodilla de los que están en los cielos... y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:10-11).

Por tanto, la Navidad es un recuerdo, un memorial, pero es sobre todo un anticipo de gloria, la aurora de una luz que alcanzará su cenit esplendoroso en el día del banquete de las Bodas del Cordero, el Hijo amado cuyo nacimiento recordamos estos días.

### **La promesa de una casa futura: el cielo como una mansión**

*«Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial» (2 Co. 5:1-2).*

Pablo compara la vida en la tierra a una tienda de campaña; es frágil, puede deshacerse fácilmente. Sin embargo, muchas personas hoy viven de espaldas a esta realidad: pensamos que la muerte no nos ha de llegar nunca. ¡Cuán a menudo la muerte viene de forma inesperada, «como ladrón en la noche»! Ciertamente, nuestra vida en esta tierra es muy frágil, y nos pueden llamar a abandonar la «tienda» inesperadamente, en cualquier momento.

«Pero...», dice Pablo, introduciendo uno de sus llamativos contrastes, cuando esta tienda terrenal se destruya, tenemos otro hogar que es mucho mejor. Compara deliberadamente ambas moradas y nos describe cómo será nuestra nueva casa en el cielo:

- ◆ Es un edificio, no una tienda de campaña: una estructura mucho más sólida.
- ◆ El constructor y arquitecto es el propio Dios: no está hecha por manos humanas.
- ◆ Está situada en el cielo, no en este mundo.

Esta morada sólida, eterna e incorruptible contrasta con la precariedad de nuestro frágil cuerpo que se «va desgastando de día en día». ¡Ciertamente es mejor vivir en una casa así que en una tienda de campaña! Por ello Pablo expresa su preferencia: «mas quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor» (2 Co. 5:8).

El propio Señor Jesús nos prometió esta morada futura en los cielos: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para

vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Jn. 14:1-3). ¡Resulta difícil leer estas palabras sin emocionarse! Recordemos el contexto de tribulación en el que se pronunciaron: la muerte de Jesús estaba muy cerca. Nuestro Señor tenía en mente un propósito claro: consolar a sus discípulos y prepararlos para los tristes acontecimientos que se avecinaban. Jesús anticipa el duelo de sus amigos y fortalece su esperanza con la maravillosa promesa de las «moradas» o «mansiones» celestiales en la casa del Padre. Por ello les dice «no se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí» (Jn. 14:1). Un gran consuelo nos embarga cuando contemplamos esa nueva casa.

### **La resurrección de Jesús, garantía de nuestra esperanza**

*«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (Jn. 11:25-26).*

Ésta es una de las frases más trascendentales que Jesús pronunció. Él se convierte en la garantía de nuestra propia resurrección porque él mismo resucitó de los muertos. Notemos que la doble promesa de esta frase, «vivirá... no morirá», implica no sólo que sobreviviremos, sino que resucitaremos; no se trata de una mera inmortalidad del alma, sino de la resurrección del cuerpo.

El fundamento y la seguridad de nuestra esperanza descansan, por tanto, en la resurrección corporal de Cristo. Porque, en palabras de Pablo, «si Cristo no ha resucitado, vana es entonces nuestra fe» (1 Co. 15:17). Esta esperanza triple en una reunión, una mansión y una recompensa futuras iluminan cualquier sombra de dolor, llanto o clamor en estos días de Adviento y nos llevan a exclamar «...mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1 Co. 15:55-56). Éste es el mejor regalo de la Navidad, no hay otro mayor.

Por todo ello nos unimos a Händel y cantamos con gozo y confianza:

*A ti la gloria, ¡Oh nuestro Señor!,  
A ti la victoria, gran libertador.  
Te alzaste pujante, lleno de poder,  
Más que el sol radiante al amanecer*

*Libre de penas, nuestro Rey Jesús  
Rompe las cadenas de la esclavitud.  
¡Ha resucitado, ya no morirá!  
Quien muere al pecado, en Dios vivirá.*

*Dr. Pablo Martínez Vila*

*NOTA: Este texto es una adaptación del mensaje dado por el propio autor en el culto de despedida por la partida de su madre Julia Vila el 20 de octubre del 2011. Sirva como recuerdo y reconocimiento a una vida entregada por completo a la gloria de Cristo y al servicio de los demás.*

## Libros del Pastor José M. Martínez

- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Cristo el incomparable**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-0-0
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Grandes Cánticos de la Biblia**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-6-2
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Pensamiento Cristiano Publicaciones, 2008, ISBN: 978-84-935870-3-1

## Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- El Aguijón en la Carne**, Publicaciones Andamio, 2008, ISBN: 978-84-96551-71-8
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2

## Folletos del Pastor José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España